

Adrenalina bendita con mis pollos

Recuerdo su frase como el punteo de una guitarra en mitad de la melodía: “Hay que dejar que la pintura suceda”. Una reflexión arrojada así al viento de una tarde, puede que fuera en mitad de una noche, pero que dejó un eco de días y luciérnagas entre los dogmas y dogmas críticos que aprendí en las autoridades. Que fluya el texto sobre su propia lógica de verbos y adjetivos, la pieza escultórica sobre sus sintagmas de formas, que la fotografía libere sus luces desde la cuadratura del instante engañado. Que la pintura, en fin, suceda sobre su deje de texturas y colores. Que la existencia se aproxime un poco al arte con la timidez del perro que busca la caricia de su amo tras la siesta. Que suceda. Así de simple. Mis exploraciones de Adorno o Goldman enterradas por costras de mohos y líquenes. Desajustado al completo Blanchot y sus elucubraciones tan hermosas como las chicas que aún ríen en los sueños al fondo de un paisaje que jamás existió. Resuelto el artificio verbal de Foucault por una sola frase de Alejandro Castillo, sabe dios si una tarde o una noche. Cigarro en mano y sonrisa amplia sí quedaron ancladas a la memoria.

La vida sucede. Se desmaya como una bailarina de ballet sobre sus arrugas, colores y sonidos. Busco por la red a John Coltrane. *In a sentimental mood*. Necesito oír ahora esas breves notas de piano tocadas casi con el mismo descuido aparente con el que Leni va capturando una idea de mundo con la que tanto me identifico por más que nunca sepa el porqué. Tampoco averiguo qué me seduce de esos intermitentes martilleos de piano nervioso. Suceden, en efecto como las hojas secas que flotan sobre el oleaje y dan forma en su desorden al mar. Como los besos, como la gripe, como tantas noches al final de la noche que despejan la madrugada, como la ineficaz sombra de la muerte que ni corta los semáforos, ni impide que las gaviotas vuelvan a chillar sobre mi ventana ajenas al café que bulle su aroma desde alguna cocina del patio cuando regreso. En efecto, sucede. Pero alguien tiene que mirar para contarlo luego. Ni el instante ni el fenómeno, sino el efecto que produjo. Y aquí llega Leni con su maleta de mago tan llena de formas y colores y comienza a perpetrar el engaño. Me descubro frente a sus múltiples escenas.

Me sucedió que anduve liado con una prostituta de Chicago. Me vi a mí mismo así, en ese picado exacto. La neblina de la habitación nos juraba que nunca nos olvidaríamos hasta la próxima mañana. Me sucedió que por la mañana quería desayunar una loca. Pequeñas licencias que nos permitimos los malagueños sin necesidad de antropofagias. Una capa superior de azúcar naranja sobre hojaldre. Un bocado que enuncia sus principios estéticos. Sucedió que pasó el vendedor de pollos por el barrio y mi madre me regaló uno que murió a las pocas horas, justo cuando había volcado todo el cariño de mi pequeño universo hacia él. Una lección intensiva de nihilismo por pocas monedas.

Sucede y nada puede evitar que así sea. La complejidad del arte que me emociona, se basa en ver que ha sucedido lo que sucedió, lo que nos sucede a todos. El artista imprime a su obra los necesarios ingredientes para que el espectador experimente el suceso, sin ponernos platónicos que no hace falta. Quién no siente lo que sucedió en esas habitaciones arrumbadas del recuerdo. Quién no ha pretendido que fuesen eternas las volutas del helado, al menos en la eternidad de una tarde en este agosto del sur. Quién no ha deseado el patito que nada en la bañera, o el pollo por siempre pollo. Al fondo de los años queda un pasillo por donde deambulan preguntas inacabadas. Forman capas y nieblas como las que Leni sabe acumular sobre esos lienzos que suceden por obra de su magia. Ensayo una y otra vez el truco del mismo modo que esas hermosas tardes que nos sedujeron quizás con un gris de lluvia como a mí me sucede que imagino cuando oigo el piano que acompaña a Coltrane, y que ahora uso para volver a disfrutar de la obra de una persona a la que admiro porque me regala una memoria que había perdido, incluso le permito que me mienta y me cuente lo que me pasó con aquella preciosa y triste putilla de Chicago a la que sólo puede pagarle con retazos de melancolía porque le contaba mi trauma del pollito muerto en mis manos. Sucede. Y Leni lo conduce hacia un lienzo con bastidor como yo hago con las sobras del día cuando las desparramo por mis sueños.